

HISTORIA DEL PRD: SURGIMIENTO, DESARROLLO Y DECADENCIA DE UN PARTIDO DE IZQUIERDA

History of the PRD: emergence, development and decline of a left-wing party

René Torres-Ruiz¹

Fecha de recepción: 10 de mayo de 2021

Fecha de aceptación: 20 mayo de 2021

RESUMEN: El presente artículo tiene como principal propósito describir y analizar la presencia e intervención del Partido de la Revolución Democrática (PRD) y de su antecedente inmediato, el Frente Democrático Nacional (FDN), en las elecciones presidenciales que han tenido lugar en México desde 1988 hasta 2018. De manera que nuestro primer actor será el PRD, nuestra lente estará enfocada en él, en ese partido originariamente de izquierda que irrumpió en el escenario político nacional como consecuencia de los históricos y controvertidos comicios presidenciales de 1988. En esto hay una doble intención: 1) reseñar la participación del PRD en las últimas seis elecciones presidenciales; y 2) mostrar el origen, desarrollo y decadencia del PRD mediante esos mismos procesos.

1 Doctor y maestro en Ciencia Política por la Universidad Autónoma de Barcelona. Profesor-investigador de tiempo completo en el Departamento de Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad Iberoamericana. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Miembro Regular de la Academia Mexicana de Ciencias. Entre sus libros más recientes se encuentran: *La senda democrática en México. Origen, desarrollo y declive del PRD, 1988-2018*; *En busca de la democracia. Pensando la movilización social en tiempos de grandes cambios*; y *Derecho, Estado y Poder. Aproximaciones teóricas y análisis de casos: México y América Latina*. Contacto: rene.torres@ibero.mx

Palabras clave: PRD, partidos políticos, México, elecciones, izquierda partidaria.

ABSTRACT: The main purpose of this paper is to tell a story composed of several episodes: the presence and intervention of the Democratic Revolution Party (PRD) and the National Democratic Front (FDN), in the elections that have taken place in Mexico from 1988 to 2018. So, our first actor will be the PRD, our lens will be focused on it, in that originally left-wing party that broke into the national political stage because of the historic and controversial presidential elections of 1988. In this there is a double intention: 1) to record the different contributions that this party made to the process of democratization experienced by Mexico in past decades; and 2) show the origin, development and decline of the PRD during the same process.

Key words: PRD, political parties, Mexico, elections, party left.

I. INTRODUCCIÓN

En México, con el rompimiento en el seno de la *familia revolucionaria* en el otoño de 1987 entre los “políticos tradicionales” adheridos al nacionalismo revolucionario y un nuevo grupo de políticos “tecnócratas”, comenzó un largo proceso de transformación de los mecanismos a través de los cuales se accedía al poder político. Ese desgajamiento en la élite gobernante propició, por otro lado, que muchos movimientos y organizaciones sociales de izquierda que recelaban de la democracia liberal la adoptaran y cambiaran algunas de sus prácticas tradicionales de lucha y organización, participando activamente desde ese momento en las elecciones primero, mediante el Frente Democrático nacional (FDN), y después a través del Partido de la Revolución Democrática (PRD) (también conocido como partido del sol azteca) que, de alguna manera, se convirtió en el actor aglutinador y articulador de estas nuevas formas de movilización, lucha social y disputa por el poder.

En efecto, en 1988 aparece el FDN en las elecciones presidenciales de 1988 y después de un fraude monumental cometido por el gobierno del entonces presidente Miguel de la Madrid Hurtado en favor de los intere-

ses del candidato del Partido Revolucionario Institucional (PRI): Carlos Salinas de Gortari, esta fuerza política de oposición desapareció dando lugar unos meses más tarde a la creación del PRD.

De esta manera, a consecuencia de los históricos y controvertidos comicios presidenciales de 1988, irrumpe en el escenario político nacional el PRD como una fuerza de izquierda, que registra distintas aportaciones al proceso de democratización experimentado por México en décadas pasadas; y ayuda con su presencia a pluralizar la vida político-partidaria. Después de esas históricas y contendidas elecciones presidenciales la competencia electoral se transformó notablemente, el sistema de partidos transitó de un partido hegemónico a uno de pluralismo limitado o moderado (Sartori, 2000: 217-218), con tres partidos importantes: Partido Acción Nacional (PAN), PRI y PRD; y luego a uno multipartidista.

La presencia del PRD y su lucha por alcanzar el poder, así como los obstáculos que tuvo que sortear el partido para convertirse en una destacada fuerza política a nivel nacional, capaz de contender con posibilidades de éxito en unos comicios presidenciales —como ocurrió en 2006 y 2012—; resulta muy relevante para la realidad política mexicana dado que la izquierda permaneció durante largo tiempo confinada a la clandestinidad, sin opciones reales de participar en la lucha institucionalizada por el poder público. También resulta de gran interés estudiar cómo fue que este partido político, luego de tener tanta fuerza, entró en una espiral de destrucción y decadencia, llegando incluso a comprometer su registro oficial en 2018.

Así, narrar y analizar estos hechos es el propósito central del presente artículo, es decir, pretendo contar, muy brevemente, la historia del PRD compuesta por tres grandes episodios: 1) origen, 2) desarrollo, y 3) decadencia. Esto lo llevaré a cabo en el marco del dilatado y complejo periodo conocido en México como transición a la democracia. Periodo en el que se construyó un escenario de mayor pluralidad partidista, de una lucha mucho más equilibrada y equitativa en cuanto al acceso al poder político, donde el sufragio efectivo fue un poco más universal e incluyó a sectores cada vez más amplios de la población, y donde se dejó atrás la era del partido hegemónico y un manifiesto autoritarismo político que enmarcaban el acontecer nacional.

II. ORÍGENES DEL PRD

Durante los comicios presidenciales de 1988 Cuauhtémoc Cárdenas, después de haberse distanciado del PRI en el otoño de 1987, se convirtió en el candidato del FDN, una coalición de fuerzas políticas y sociales de izquierda y centro-izquierda. Su presencia fue tan inesperada como venturosa porque ayudó a cambiarle el rostro a un régimen autoritario. Conforme transcurría la contienda Cuauhtémoc y el FDN fueron ganando en respaldo popular y convirtiéndose en una verdadera amenaza para el sistema político priista. Para algunos autores, la candidatura de Cárdenas en 1988 fue de gran importancia porque proveyó a diversos movimientos sociales y corrientes políticas de un proyecto nacional que no tenían y al que aspiraban y apelaban desde 1968 y con posterioridad (Haber, 2013: 44).

De cara a ese inesperado e inusitado fenómeno político-social el régimen priista actuó con toda su maquinaria para cometer un fraude e imponer a su candidato presidencial: Carlos Salinas. Esas fraudulentas elecciones generaron unas breves, pero intensas movilizaciones en defensa del voto, donde partidos políticos y ciudadanía protagonizaron unas memorables jornadas de insurgencia cívica que, al fin y al cabo, terminaron impactando de manera notable en la transformación del quehacer político en el país. Aunado a ello, el fraude electoral, casi de manera inmediata, propició también que se iniciara un ciclo de reformas electorales que contribuyeron a cambiarle el rostro al espacio donde se luchaba en México por el acceso a los puestos de representación. De esa forma, la hegemonía priista llegaba a su fin.

A partir de esos comicios y del fraude cometido por el gobierno, se dieron las condiciones para el surgimiento del PRD en mayo de 1989,² el partido de izquierda más grande constituido en el país hasta ese momento y un actor que se volvió esencial en el proceso transformador que México vivió en materia electoral. El PRD, desde su propia gestación, se

2 Lo cual sucedió los días 5, 6 y 7 de mayo de 1989 en la Asamblea Nacional Constitutiva del partido. Mientras tanto, el 13 y 14 de mayo se llevó a cabo el Segundo Congreso del Partido Mexicano Socialista (PMS) y fue ahí donde este partido cedió su registro oficial para el surgimiento del PRD (Torres-Ruiz, 2004: 148-149).

caracterizó por albergar un amplio mosaico de posiciones ideológicas, y una vasta representación de movimientos sociales, organizaciones y partidos, que, aunque militaban casi todos en la izquierda tenían importantes diferencias entre ellos y concepciones antagónicas respecto a los mecanismos de lucha, a lo social y a la forma de hacer política, aspectos que complicaban la convivencia de esas agrupaciones al interior del PRD.

Al igual que sucedió con la formación del FDN, en la fundación del PRD convergieron cuatro corrientes políticas: 1) la disidencia priista que conformó la Corriente Democrática, 2) la izquierda socialista independiente que militaba en partidos, cuya representación residía fundamentalmente en el Partido Mexicano Socialista (PMS), 3) la izquierda social integrada por diversos movimientos y organizaciones sociales, y 4) una parte de la militancia de los partidos “paraestatales”.³ De modo que el PRD es resultado de un gran caleidoscopio de partidos y organizaciones sociales de izquierda, y de la propia Corriente Democrática del PRI, que le dan un sello particular. Es un partido que recupera y se nutre, desde su fundación misma, de la larga y dificultosa lucha de las izquierdas por transformar y democratizar el país. Así, las organizaciones y los movimientos sociales fueron un actor central en la creación del partido, no sólo apoyando e impulsando su constitución, sino aportando ideas, estrategias de lucha, un debate nutrido y crítico frente a una realidad política que estaba en plena transformación. Estos grupos sociales contestatarios, como nos comparte Hélène Combes (2013: 157), también aportaron el mayor número de militantes al partido en construcción, incluso más que los que provenían de partidos políticos.

En relación con este tema, el politólogo francés, Maurice Duverger, señaló en algún momento que “[...] los partidos sufren profundamente la influencia de sus orígenes” (Duverger, 1996: 15). En el caso del PRD esta idea ha quedado claramente de manifiesto. Desde su gestación —como ya decía— encontramos la coincidencia de un amplísimo mosaico de posiciones ideológicas, de militantes de organizaciones y partidos, que, aunque casi todas y todos alineados a la izquierda dentro de la geogra-

3 Los partidos satélites o paraestatales eran el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), el Partido Popular Socialista (PPS) y el Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (PFCRN).

fía ideológica no dejaban de mostrar importantes matices, diferencias profundas y concepciones divergentes de lo social y de la política, que hacían, de suyo, sumamente complicada y compleja la convivencia e interacción de todos esos grupos al interior del PRD.

De esa forma, y sólo conociendo y reconociendo su nacimiento, sus primeros pasos, su variopinta conformación original, podemos comprender con mucho mayor claridad la presencia y significado de las corrientes —o de las también llamadas tribus— en el PRD, que si bien han sufrido escisiones, mutaciones, reconfiguraciones, recomposiciones y reubicaciones a lo largo de los años, la huella de nacimiento del partido no desaparece, sigue y seguirá ahí mientras exista el partido, como un signo de identidad (y de comportamiento), llevándolo en más de una ocasión a experimentar difíciles conflictos internos entre esas corrientes cuando de la disputa por los espacios de poder y decisión se trata.

Añadamos a lo anterior que en un inicio la diversidad de grupos y corrientes ideológicas que confluyeron en el PRD e hicieron de él un “partido de fusión” le dio cierta ventaja en su proceso de constitución, pero esa composición tan diversa le acarreó, al mismo tiempo, un serio riesgo para su futura consolidación (Bruhn, 1997: 165-166). Incluso podríamos afirmar que su acentuada diversidad y la incapacidad de sus corrientes de convivir ordenadamente a su interior le representó al perredismo una serie de obstáculos que, al final, no supo sortear exitosamente.

Es preciso recordar que el fraccionalismo extremo y conflictivo en el seno del PRD desde su misma génesis, llevó incluso a establecer “en la norma interna una serie de derechos y deberes para las corrientes [...]”. En contraste con otros partidos, el PRD no ignoró la presencia de grupos internos y, por el contrario, definió las reglas que debían regular su participación dentro de la organización” (Reveles, 2004: 16). Pese a esta regulación interna —claramente insuficiente— en más de una ocasión el comportamiento faccioso de las distintas corrientes condujo al partido a momentos de gran inestabilidad, poniéndolo en fuertes predicamentos y generando significativas tensiones, inclusive rupturas que lo debilitaron en lo interior y frente a la ciudadanía. Además, como observa Hilgers (2005: 2), en sus primeros años el PRD fue una aglomeración de grupos de izquierda en lugar de una expresión política coherente,

donde esos numerosos grupos de presión —las tribus— utilizaban la negociación, las estrategias de alianza y afiliación clientelistas como mecanismos para aumentar su poder e influencia dentro del partido.

Ahora bien, en el caso de la candidatura presidencial la pugna entre las diversas tribus no se manifestó de igual manera y con la misma intensidad, quizá por otra relevante impronta de nacimiento del partido: el liderazgo carismático de Cuauhtémoc Cárdenas. Cuando hubo que definir esta candidatura, la militancia, las corrientes y las estructuras de poder perredistas respaldaron hasta el año 2000 —después lo hicieron con Andrés Manuel López Obrador (AMLO)— casi incondicionalmente al ingeniero Cárdenas cuando éste ambicionó ser candidato a la presidencia de la República. Relativo a este asunto, se llegó a sugerir que, desde su origen, “[...] el PRD fue el producto —y casi la propiedad— de su fundador, Cuauhtémoc Cárdenas” (Pivron, 1999: 241).

Después de las elecciones de 1988 el país se transformó significativamente en varios aspectos, entre ellos es posible mencionar el comienzo de una nueva era política para México (Butler y Bustamante, 1991), quedando atrás los tiempos del partido hegemónico. Frente a esta circunstancia emergieron nuevas reglas y prácticas de una incipiente democracia electoral que, al mismo tiempo, sirvieron de soporte para que naciera el sistema de los tres grandes partidos nacionales que le dieron identidad a la lucha comicial en México (Aziz, 2007: 14). Además, este “tripardismo fundamental (PRI, PAN y PRD)” fue complementado desde entonces por “algunos partidos menores” (Paoli, 1996: 81).

III. DESARROLLO Y VICISITUDES DEL PARTIDO: LOS AÑOS NOVENTA

Posteriormente a los comicios del 88, que dieron como resultado la fundación del PRD, éste se dedicó a forjarse como institución, a nacer y crecer como partido político. Tarea nunca sencilla, y mucho más compleja aún si consideramos que el salinismo (y el zedillismo), se encargaron de manera reiterada y sistemática de perseguir al perredismo, sometiéndolo a una situación muy difícil y, a veces, insostenible, en donde varios

milитantes de la nueva izquierda partidista, inclusive familiares de Cárdenas, sufrieron agresiones, intimidaciones, acosos, asesinatos.⁴ Es decir, el PRD enfrentó una cruda violencia de Estado que sobrevino por instrucciones provenientes desde las más altas esferas del poder político.

De este modo, esos primeros años el PRD los vivió rodeado por un ambiente de hostigamiento y violencia, donde varios de sus militantes perdieron la vida. Los signos de arbitrariedad y los últimos coletazos de un sistema político autoritario que se rehusaba a morir, se hicieron presentes durante los sexenios salinista y zedillista, teniendo importantes efectos no sólo para el perredismo, sino para la sociedad mexicana que daba esforzados pasos con miras a la edificación de una nueva etapa política y social en el país, que hiciera posible el verdadero pluralismo, la apertura, establecimiento y conservación —mediante reglas y procedimientos acordados por los distintos actores— de la competencia democrática y el ejercicio responsable del poder político.

Sin embargo, el PRD no sólo padeció la violencia del régimen, fue víctima por igual de una política estatal salinista encaminada a impedir sus triunfos electorales. En repetidas ocasiones Salinas utilizó el programa social estrella de su gobierno, el Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol), “[...] para fortalecer al PRI en los baluartes electorales del PRD (Michoacán, Guerrero, Veracruz, Estado de México y Morelos)” (Ortega, 2010: 232; véase también Molinar y Weldon, 1994). Frente a la amenaza que Cárdenas había representado en los comicios presidenciales de 1988, el gobierno salinista empleó hábilmente el Pronasol como políticas y supuestos cambios estructurales encaminados a imitar muchas de las prácticas de lucha y organización de los movimientos sociales de base que habían respaldado a Cárdenas en la reyerta electoral. De ese modo, durante la presidencia de Salinas, el Pronasol se convirtió en un instrumento para reestructurar procesos de cooptación en municipios, barrios y vecindades de todo el país, manipulando a sectores sociales y debilitando al cardenismo (Peterson, 1999: 110). Y cuando ello no fue suficiente para derrotar al nuevo partido, Salinas recurrió abiertamente

4 La Fundación de Víctimas Ovando y Gil del PRD reportó 563 militantes perredistas asesinados durante las administraciones de Salinas y la primera mitad de Ernesto Zedillo (Borjas Benavente, 2003: 123).

a los fraudes electorales, como en Michoacán, Guerrero y Tabasco o en San Luis Potosí. El PRD denunció todas estas acciones y arbitrariedades y se movilizó recurrentemente para protestar (Reveles, 2004: 23-24; Ortega, 2010: 232).

Importa mencionar que quizá por enfrentar un escenario tan adverso durante sus primeros años de existencia, entre los liderazgos y militantes del PRD prevaleció la idea extrema de que había que acabar con el PRI a como diera lugar. Por esos años se tenía la firme convicción de que esa era la condición indispensable para que México transitara, en efecto, hacia una auténtica democracia. Los perredistas argumentaban, basándose en la premisa de la ilegitimidad del PRI-gobierno por el fraude del 1988, que la presencia del PRI en el sistema político mexicano impediría su democratización. Esta era la posición que el propio Cárdenas sostenía y que permeó de manera muy relevante en sus inicios al partido *solaztequista*. Una estudiosa de este partido lo ha dicho en los siguientes términos: “[...] sus líderes [del PRD] recurrieron a una estrategia maximalista llamada por los propios perredistas ‘intransigencia democrática’. La tesis dominante dentro del PRD durante este periodo era que la extinción del PRI era una condición necesaria para la democratización del país” (Palma, 2004: 257. *Lo incluido entre corchetes es mío*).

Dentro del complicado escenario político que enfrentaba el PRD se presentaron las elecciones intermedias federales de 1991. En esos comicios el nuevo partido obtuvo resultados poco favorables. Pese a ello al poco tiempo se encaminó a una situación que lo colocaría como la segunda fuerza política nacional (en 1997, los números electorales y los espacios de representación obtenidos por el PRD así lo indicaban). No obstante, conviene apuntar, siguiendo a Paoli (1996: 81), que “La condición de competitivo, que había ganado significativamente el sistema electoral en 1988, sufrió una regresión en las elecciones federales de 1991, si bien no quedó cancelada; volvió a reactivarse en 1994 [...]”. Las cifras son elocuentes al respecto. En los comicios de 1991 el Revolucionario Institucional obtuvo la victoria en 290 de los 300 distritos electorales.

Así, el PRD desde sus inicios se preparó para contender por el poder a través de la vía electoral, sin alejarse —por lo menos en el primer tramo de su historia— de la lucha y la movilización popular, dada su herencia

de la izquierda social. Ambos campos no eran vistos en aquellos primeros años como excluyentes, por el contrario, el PRD reconoció que debía convertirse en un “partido profesional electoral”, usando la definición de Panebianco (2000: 492), pero sin desvincularse de su base social. Incluso desde su fundación se asumió como el conducto de expresión de los grupos sociales que experimentaban en el país fuertes condiciones de exclusión, pobreza y marginación. En más de una ocasión sus movilizaciones de protesta se ocuparon de estas problemáticas. Con el tiempo las cosas cambiaron. Sin embargo, en sus orígenes el PRD puede ser considerado, en efecto, como un partido-movimiento, no sólo porque las fuerzas políticas y sociales que lo crearon eran movimientos políticos y sociales, algunos de ellos con larga trayectoria y con claras reivindicaciones populares, sino también porque el nuevo partido recuperó muchas de estas tradiciones y prácticas de lucha y es claro que en sus primeros pasos las demandas históricas provenientes de estos grupos que contribuyeron a crearlo conformaron el eje articulador de su agenda y plataforma política.

Resumidamente, el PRD, en su afán de constituirse en una izquierda alternativa que resultara atractiva y viable, asumió dos retos importantísimos: ser oposición y, al mismo tiempo, ser gobierno. Para ello requería convertirse en un partido fuerte capaz de ganar elecciones y no perder su base social; por ese motivo adoptó la forma de partido y la de movimiento social a la vez, buscando el cambio desde abajo, pero empujándolo desde arriba (Bartra, 2011: 104). De manera que un

[...] partido-movimiento es [...] aquel que compite a través de elecciones para hacerse gobierno y ganar puestos de representación con el propósito de defender intereses y demandas populares; y mantiene, simultáneamente, una base social activa y movilizadora que sirve para presionar a las estructuras de poder. Eso fue, al menos parcialmente, el PRD en sus primeros años (Torres-Ruiz, 2019: 191-192).

En los noventa se dieron reformas al marco jurídico electoral del país que eran consecuencia de lo acontecido en 1988, y que paulatinamente irían configurando un escenario político electoral más plural y competitivo. En efecto, la movilización en defensa del voto en 1988 fue amplia

y amenazó seriamente con pulverizar a las instituciones políticas anti-democráticas. En respuesta, el nuevo gobierno convocó —obligado por las circunstancias y la presión social— a las distintas fuerzas políticas a una reforma electoral como medio para tranquilizar a la oposición y reestablecer la estabilidad política que el país había perdido.

El resultado final de estas apuestas y exigencias de la oposición quedó plasmado en las reformas electorales de 1989-1990, 1993 y 1994. Las tres reformas practicadas durante el “salinato” se llevaron a cabo en un marco de negociación y concertación entre el gobierno y los partidos opositores (aunque el PRD rechazó las dos primeras y, la tercera, dividió al partido).

En el marco de estas reformas y de fuertes transformaciones políticas y sociales, se presentó la segunda candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas. Esta segunda tentativa se presentaba luego del proceso electoral de 1988 en donde para muchos el michoacano había resultado triunfador. Después de varias décadas de que la izquierda política había sido confinada por parte del régimen priista al ostracismo político, la elección presidencial de 1994 representaba un proceso de continuidad, institucionalización y presencia de un partido de izquierda con la fuerza suficiente para competir por la silla presidencial y obtener un buen número de puestos de representación popular, algo totalmente inesperado e insospechado años atrás, durante la férrea hegemonía política del PRI.

1994 fue también relevante para el PRD y Cárdenas porque “se pondría a prueba la tesis perredista según la cual la elección de 1994 sería una repetición de la de 1988, y muy probablemente llevaría a Cárdenas a la presidencia” (Palma, 2004: 99). Por supuesto, como todos sabemos, esta tesis no se cumplió, por el contrario, el PRD obtuvo uno de sus peores resultados electorales en su pugna por llegar a la presidencia de México, quedando rezagado al tercer lugar con 16.59% de los votos, detrás del ganador Ernesto Zedillo del PRI (con el 48.69%), y del segundo puesto alcanzado por Diego Fernández de Cevallos del PAN, quien obtuvo el 25.92% de los sufragios.

Después de esos comicios resaltaba el hecho de que los partidos tenían una propensión a ser cada vez más nacionales y menos regionales. El PAN y el PRD iban ganando terreno y convirtiéndose, cada vez más, en organi-

zaciones capaces de ocupar la presidencia de la República. Esta nueva realidad política se cristalizaría en las elecciones presidenciales del año 2000, cuando Acción Nacional obtuvo el triunfo de manera contundente en la competencia por alcanzar la primera magistratura del país.

En 1996 se llevó a cabo una nueva reforma electoral que resultó muy significativa. Su impacto sobre el sistema político mexicano y el sistema electoral y de partidos fue determinante, contribuyendo a la democratización del país, sobre todo en el ámbito comicial. Con el objetivo de emprender la reforma las distintas fuerzas políticas hicieron un gran esfuerzo de convergencia. Al final se logró un gran consenso respecto a los cambios que debían integrarse a la nueva legislación electoral. Quizá los cambios más importantes fueron que el órgano encargado de las elecciones, es decir, el Instituto Federal Electoral (IFE), creado en 1990, alcanzó su total autonomía frente al gobierno y terminó de ciudadanizarse (Merino, 2003: 68), suprimiéndose “toda participación o representación del Poder Ejecutivo en su conformación” (Becerra, Salazar y Woldenberg, 1997: 34). Asimismo, con esta reforma el Tribunal Electoral se convirtió en una sala especializada del poder judicial de la Federación; los recursos y las prerrogativas de los distintos partidos políticos se equilibraron, privilegiando el financiamiento público sobre el privado; y por primera ocasión los capitalinos pudieron elegir mediante voto libre, universal y secreto al jefe de gobierno del entonces Distrito Federal (Merino, 2003: 68).

Así, el 6 de julio de 1997, después de casi siete décadas, la ciudadanía capitalina pudo finalmente elegir mediante voto libre y secreto al jefe de gobierno del Distrito Federal. El ganador fue el perredista Cuauhtémoc Cárdenas, obteniendo el 48.11% de los votos. En aquella ocasión Cárdenas recibió gran respaldo de varias organizaciones urbanas militantes del Movimiento Urbano Popular (MUP), que se había fortalecido de manera muy importante después del sismo de 1985 en la Ciudad de México.

En el triunfo perredista también tuvieron un papel muy destacado las Brigadas del Sol, que era una estructura ciudadana centralizada creada por López Obrador durante su presidencia al frente del PRD, periodo comprendido entre el 2 de agosto de 1996 y el 10 de abril de 1999. Bajo la conducción del partido por parte de AMLO siempre imperó la idea de

impulsar el fortalecimiento de un partido-movimiento. Cuando tomó posesión como presidente perredista anunció que el PRD sería “un partido en los momentos electorales y un movimiento en los largos periodos que median entre los comicios” (citado en Becerra y Rivera, 1999: 178). Como presidente del PRD, el político tabasqueño convocaba “[...] a todas las corrientes perredistas a construir un partido-movimiento, que definió como aquel que iba a liderar las causas justas y populares peleando en las calles y tomando las plazas” (Lajous, 2006: 24). Y lo cumplió.

López Obrador acercó más al partido con ciertos grupos sociales y con luchas populares que los perredistas habían abandonado. También fortaleció al partido en el aspecto electoral, ganando tres gubernaturas (Zacatecas, Tlaxcala y Baja California Sur) y la jefatura de gobierno del Distrito Federal en 1997, así como la mayoría de los legisladores en la Asamblea Legislativa del Distrito Federal (ALDF). Además de ganar en las elecciones intermedias de aquel año 15 senadurías y 125 diputaciones que conformarían la LVII Legislatura federal, convirtiéndose en la segunda fuerza política a nivel nacional, por arriba del PAN. Todo esto le dio a López Obrador un gran prestigio nacional y lo posicionó de manera importante al interior del PRD, catapultándolo a la candidatura perredista a la jefatura de gobierno en el 2000. Bien puede decirse que, durante la gestión de López Obrador, el PRD obtuvo los mejores números electorales de su historia, por lo menos hasta antes de 2006.

Durante la gestión de Cárdenas al frente del gobierno de la Ciudad de México, no se cumplió de manera satisfactoria con las gigantescas expectativas que se habían generado entre la ciudadanía a lo largo de la campaña electoral. Muchas de las promesas de campaña del político michoacano no se pudieron o no se supieron cristalizar y ello generó entre los capitalinos un sentimiento de desconfianza e incertidumbre frente a la real capacidad del perredismo y de su máximo líder para solucionar las principales demandas ciudadanas, esto es, se puso en entredicho la capacidad de Cárdenas para gobernar y dar respuesta a las diversas problemáticas que planteaba la capital del país. Esas circunstancias mermaron fuertemente su candidatura de cara a la contienda presidencial del 2000.

En efecto, Cárdenas se presentó en el 2000 por tercera ocasión para contender por la presidencia del país, pero su deficiente gobierno en la Ciudad de México, un discurso nacionalista revolucionario que se quedó atrapado en el tiempo y que poco les decía a las nuevas generaciones de votantes, más la presencia y arrastre del candidato del conservador Partido Acción Nacional, Vicente Fox, le quitaron la posibilidad al líder izquierdista de obtener buenos resultados en los comicios presidenciales de aquel año. En el 2000, Fox alcanzó la victoria porque tuvo la capacidad de vincularse de una manera distinta con el electorado, fue un candidato diferente, atípico. Su campaña estuvo plagada de elementos novedosos y atractivos para una gran mayoría de la ciudadanía que se dejó cautivar y terminó sufragando en su favor. A muy diversos sectores de la sociedad Fox les hizo creer que un hombre de campo, bravo, arrojado, que hablaba sin tapujos, que criticaba y señalaba a diestra y siniestra los males del sistema priista, era capaz de instaurar en México un sistema verdaderamente democrático, para lo cual se requería “sacar al PRI de Los Pinos”.

Además, el panista generó controversias y disputas en distintos actos de campaña que lo fueron alimentando y robusteciendo a lo largo del proceso electoral. Esa era, en efecto, la finalidad de la campaña, crear la sensación entre la población de que el candidato Fox tenía las credenciales para romper con una serie de atavismos y *jettaturas* históricas que habían mantenido durante largos años a los mexicanos bajo el control de un régimen autoritario, subordinados a los excesos del poder priista. Otro símbolo utilizado exitosamente por el aspirante presidencial de Acción Nacional fue la V de la victoria, uno de los principales distintivos históricos tanto de los movimientos sociales de izquierda en general, como del movimiento cardenista en particular. Era, podríamos decir, un signo de identidad del perredismo que perdió en aquellos comicios. Fox se los arrebató. Así, con la victoria de Fox se experimentó la alternancia en la presidencia de la República, terminando de ese modo con 71 años de gobiernos priistas. El PRD se quedó a la zaga en aquellas históricas elecciones.

El PRD y Cárdenas fueron actores muy relevantes en el proceso mediante el que se logró construir un escenario donde la oposición partidaria

fuera capaz de derrotar al sistema priista. No obstante, en el 2000 no supieron capitalizar sus aportaciones al proceso de democratización en beneficio de su propia institución, de su propuesta política y de aquellos ciudadanos que, con su voto y sus acciones, habían acompañado y apuntalado el proyecto partidista de izquierda desde sus orígenes.

El 2 de julio de 2000, el segundo gran perdedor fue el PRD, partido que retrocedió notablemente en las dos cámaras del Congreso de la Unión respecto a lo que había ocurrido en las elecciones intermedias de 1997. Por otro lado, debe reconocerse que el liderazgo de Cárdenas era muy importante hacia adentro y hacia afuera del partido. Incuestionablemente era la figura histórica del perredismo, quien había ayudado a construir el partido; pero en esa tercera ocasión que buscó la presidencia del país quedó de manifiesto que su figura estaba sumamente desgastada frente a la ciudadanía, lo cual respondía a que eran ya tres las ocasiones en que contendía por la presidencia y la gente estaba agotada de verlo constantemente en la arena electoral. El PRD, para recuperar terreno y apoyo ciudadano, debía dar oportunidad al surgimiento de nuevos liderazgos políticos necesarios para la institución y para el propio país. Y eso fue justamente lo que ocurrió a partir del año 2000 con la aparición en el escenario nacional de Andrés Manuel López Obrador al asumir la jefatura de gobierno de la Ciudad de México. Las aportaciones de Cárdenas habían sido importantes como candidato, pero a partir de 2000 deberían encaminarse a otras áreas de la vida partidista y nacional, no sólo en el ámbito de las candidaturas y lo electoral.

Por otra parte, es importante señalar que Cárdenas y el PRD reprodujeron sus propios errores de manera constante en las elecciones presidenciales de 1994 y 2000. No supieron adaptarse a un nuevo contexto social y político del país, a un nuevo electorado. Este instituto político, después del 88, perdió un porcentaje importante de la confianza que alguna vez tuvo por parte de un sector amplio de la ciudadanía. En 1997 pareció avanzar, sobre todo en la capital del país; pero en el 2000, el PRD se encontró en la encrucijada. Si quería crecer nuevamente y ser una fuerza política competitiva y capaz de disputar la presidencia debería reconocer primero que dentro de él existían obstáculos y errores a superar, como acercarse de nuevo a sus bases sociales de apoyo; renovar

los cuadros dirigentes; apostarle a la institucionalidad; regular a sus corrientes para evitar tener comicios cuestionados y desaseados cuando se trataba de renovar a su dirigencia; pensar en nuevos candidatos presidenciales; construir un nuevo discurso y presentar propuestas innovadoras para sostener un proyecto de nación. Éstas eran algunas de las tareas a realizar por la izquierda partidista. La labor era ardua, pero el tiempo parecía suficiente para presentarse una vez más en las elecciones presidenciales de 2006 con una cara distinta, con un proyecto político renovado y, por tanto, con amplias expectativas de triunfar.

IV. EL PRD CRECE Y SE POSICIONA, ELECCIONES 2006

Después de algunas controversias entre Cárdenas y López Obrador para definir la candidatura presidencial perredista rumbo al 2006, el tabasqueño fue quien obtuvo la mayoría del respaldo al interior del partido y fue nominado como candidato por el PRD, rompiendo así el dominio que Cárdenas había impuesto durante varios años al interior del perredismo. Con esta candidatura el PRD se renovaba en cuanto a su candidato presidencial y se preparaba a dar la batalla contra el PRIAN.⁵

¿Por qué perdió Cárdenas la candidatura presidencial? y ¿por qué emergió la de López Obrador? Quizá esto ocurrió porque Cárdenas experimentaba un fuerte desgaste ante el electorado después de tres candidaturas presidenciales. Además, Cárdenas a partir de 2000, después de su derrota en aquel año, se distanció de la vida partidista y se avocó a labores que apuntaban más al ámbito internacional. Por su parte, López Obrador se fortaleció y consolidó un capital político gracias a su buena administración al frente del Distrito Federal, “sobre todo porque los programas sociales no sólo habían beneficiado a la población pobre y vulnerable sino también a sectores más amplios” (Palma y Balderas, 2007: 102-103), y porque “[...] había logrado construirse cierta reputación de honestidad, sobriedad y eficiencia como gobernante, mientras

5 En 1990 Luis Sánchez Aguilar se refirió de este modo a la complicidad que había entre el PRI y el PAN, con lo que se constituía, según él, un partido bicéfalo.

manifestaba un vigoroso rechazo de las políticas neoliberales implantadas por el priismo y continuadas por el gobierno panista. Y daba la impresión de predicar con el ejemplo” (Díaz-Polanco, 2012: 37).

Además, AMLO desplegó una serie de acciones que le granjearon significativos apoyos y numerosas simpatías populares, como sus conferencias de prensa matutinas en el Antiguo Palacio del Ayuntamiento que lo mantenían cercano a la prensa y a los ciudadanos. Era el personaje político más influyente en el México de la posalternancia, marcando la agenda política del país. Otro aspecto que ayudó a robustecer la candidatura andresmanuelista fue el proceso de desafuero que el gobierno foxista quiso implementar en detrimento suyo. Este ilegal y desaseado proceso en su contra ayudó a López Obrador a posicionarse a nivel nacional e impulsar su candidatura. Sus propios contrincantes políticos —quizá sin saberlo o simplemente por torpeza— le hacían un enorme favor al darle los elementos necesarios para su victimización. Todo ello le generó grandes simpatías y apoyos entre amplios sectores de la población, permitiendo el desarrollo de su imagen.

De este modo, López Obrador lanzó su candidatura presidencial con *Un Proyecto alternativo de nación*, adoptando una posición francamente crítica frente al gobierno de Vicente Fox y su continuismo neoliberal. AMLO señalaba reiteradamente que su candidatura en realidad enfrentaba a todo un sistema de corrupción, de complicidades, constituido por priistas y panistas (los puso en un mismo saco: PRIAN), empresarios y el gobierno federal encabezado por Fox, “que se convirtió en un comité al servicio de una minoría”. Al mismo tiempo, López Obrador intentaba presentar la elección como un referéndum, pues los ciudadanos —decía— tendrían que decidir entre la continuidad y un cambio verdadero. En su discurso hacía alusión a temas que lo acompañarían también en sus sucesivas candidaturas y reyertas electorales: combatir la corrupción, uno de sus grandes temas y que tanto escozor le provoca a la clase política; instaurar una política de austeridad por parte del Estado; abatir la pobreza y propiciar mayores niveles de bienestar para la población, en especial aquella con mayores necesidades. Su *slogan* de campaña era: *Por el bien de todos, primero los pobres*.

Un rasgo distintivo de la contienda presidencial de 2006 fue la polarización ideológica de la sociedad mexicana y de sus élites políticas (Aziz, 2007 y 2009; Bruhn y Greene, 2007; Klesner, 2007; Lawson, 2007; Loyola, 2007; Schedler, 2007; Beltrán, 2009). En 2006 se presentó una marcada conflictividad entre panistas y perredistas (o quizá sería mejor decir entre foxistas y lopezobradoristas, porque ambos personajes rebasaron por mucho las estructuras y planteamientos de sus respectivos partidos); entre dos visiones de país, unos buscando profundizar y apuntalar el proceso neoliberal y otros tratando de recuperar las atribuciones y capacidades del Estado para hacer frente a los requerimientos y problemáticas de la población. El diálogo, una vez más, brilló por su ausencia en el México de aquellos días. Entre Fox y López Obrador floreció la inquina, la animosidad, la descalificación. El país se dividió “en dos naciones irreconciliables” (Taibo II).⁶ Luego, con Felipe Calderón, las cosas se agudizaron.

En esta confrontación el gobierno de Fox recurrió a las ilegalidades y manipulaciones de las instituciones estatales para desacreditar a un oponente político. Primero vinieron los *videoscándalos* en donde se implicaba a funcionarios del gobierno de López Obrador en actos de corrupción; luego el intento de desafuero en contra de AMLO, utilizando indebidamente a la Suprema Corte de Justicia de la Nación (SCJN) y a la Procuraduría General de la República (PGR), para acusar a López Obrador de desacato, sin bases jurídicas, por haber incumplido la orden de un juez para detener una obra pública, buscando de esa manera inhabilitarlo indebidamente de la contienda por la presidencia de la República. Al final ambas iniciativas fracasaron (los *videoscándalos* y el desafuero).

Después, ya en las campañas electorales, se desencadenaron ciertos sucesos en donde algunos poderes fácticos y otros legalmente constituidos actuaron torciendo las normas y utilizando facciosamente las instituciones estatales para golpear y desacreditar la candidatura de AMLO, fue el caso del presidente Fox, apoyando con toda la estructura y recursos estatales al abanderado panista: Felipe Calderón. Los recursos públicos del gobierno federal fueron destinados a programas sociales y empleados como mecanismo de manipulación, coacción y compra de votos.

6 Véase la nota periodística “Juicio grotesco y bárbaro: artistas y escritores”, en *La Jornada*, 8 de abril de 2005.

Adicionalmente, Fox, a lo largo del proceso electoral, en claro abuso de la investidura presidencial, intervino abierta e ilegalmente en favor de Calderón, argumentando que en democracia eso era válido. No obstante, la legislación mexicana prohibía explícitamente la intromisión del titular del ejecutivo en asuntos electorales.

Otro aspecto reprochable durante estos comicios fue lo relativo al indebido financiamiento por parte del Consejo Coordinador Empresarial (CCE) —embozado en organizaciones civiles fantasma—, en acuerdo con el grupo calderonista y Televisa, de una campaña mediática de desprestigio y ataques personales (se le denomina “campaña negra” en el argot electoral) contra López Obrador, a quien se le acusaba de ser “un peligro para México”. Esta campaña sucia fue ampliamente difundida mediante miles de *spots* televisivos y anuncios de radio, pudiendo haber impactado considerablemente en el ánimo de un número significativo de electores. Frente a esta intervención claramente violatoria de la ley por parte de los empresarios, el IFE y el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación (TEPJF) no hicieron nada, cuando debieron haber suspendido la campaña inmediatamente y castigar a los infractores, dado que la legislación prohibía expresamente que nadie, con excepción de los partidos, podía contratar propaganda electoral.

Frente a estas irregularidades, tanto las ilegales intervenciones de Fox y el uso faccioso de recursos públicos, como la campaña negra y denigratoria financiada por el CCE, igualmente ilegal, se mostró poca o nula capacidad, o disposición de las autoridades electorales, tanto del IFE, la Fiscalía Especializada para la Atención de Delitos Electorales (Fepade) y el TEPJF, para resolver en apego a la ley; lo que propició una competencia inequitativa y fuertemente desbalanceada.

Al final de la contienda electoral la diferencia entre el primero y el segundo lugar fue de apenas de 0.56 por ciento, es decir, 243 mil 934 votos.⁷ Luego de que las autoridades del IFE declararan triunfador a Calderón, el candidato de las izquierdas aseguró que se había cometido un gran fraude electoral y exigió limpiar la elección mediante el recuento

7 En los comicios presidenciales de 2006 Felipe Calderón alcanzó el 35.89% de los votos, AMLO el 35.33% de los sufragios, y el tercer lugar lo obtuvo el priista Roberto Madrazo, con el 22.22% de los votos.

de todos los votos: “Voto por voto, casilla por casilla”, era el lema y la consigna del movimiento lopezobradorista. Como medida de presión, AMLO llamó a sus simpatizantes a movilizarse e impedir la imposición del candidato de la derecha, con lo que se vulneraba —según decía— la voluntad popular mayoritaria.

La Coalición por el Bien de Todos (CBT), que había postulado a AMLO, presentó un juicio de inconformidad general en contra de los cómputos realizados en los 300 distritos electorales federales para la elección de presidente de la República, argumentando diversas irregularidades y causales de nulidad. Sin embargo, el 5 de septiembre los magistrados del TEPJF resolvieron que las elecciones habían sido válidas y otorgaban la constancia de mayoría y, por tanto, de presidente electo a Felipe Calderón. En su dictamen aprobado por unanimidad, el Tribunal reconocía que las expresiones del presidente Fox a lo largo de las campañas habían puesto en riesgo los comicios, pero no lo suficiente para anularlos.

López Obrador y su gente se inconformaron y ya desde antes del fallo del Tribunal Electoral se habían manifestado en lo que se conoció como el *megaplantón*, que iba de la Plaza de la Constitución hasta el Paseo de la Reforma a la altura de la fuente de Pemex, pasando por la calle Madero y avenida Juárez. Esta megaprotesta incomodó a numerosos sectores sociales y AMLO fue blanco de duras críticas. No obstante, la protesta fue inútil y Calderón ocupó la presidencia del país, dejando un país dividido, confrontado.

V. 2012: EL SEGUNDO INTENTO DE AMLO

Después de los comicios de 2006 el PRD entró en una espiral de confrontación interna entre la corriente Nueva Izquierda (conocida como *Los Chuchos*)⁸ y la corriente encabezada por López Obrador. Estas dos corrientes se atacaron y echaron por tierra poco a poco el capital político del partido. Las recurrentes confrontaciones tribales dilapidaron la

8 Los líderes de esta corriente eran Jesús Ortega y Jesús Zambrano (de ahí su nombre). Otros militantes de esta corriente eran Guadalupe Acosta Naranjo, Carlos Navarrete, Miguel Barbosa, Fernando Belaunzarán, entre otros.

fuerza del único partido de izquierda en México —hasta ese momento— capaz de disputar la presidencia de la República.

La segunda candidatura de AMLO fue posible nuevamente en el 2012, en parte, por el panorama que prevalecía en México. Un malestar y un descontento sumamente pronunciados entre amplios sectores sociales frente a los malos gobiernos panistas después de doce años de detentar la presidencia de la República le abrieron la puerta nuevamente a la izquierda partidista, sobre todo, a esa izquierda obradorista que ha puesto particular énfasis en recuperar las causas de las clases más desaventajadas, de aquellos que habitan en las periferias del sistema político. La candidatura del tabasqueño también fue posible porque se mantuvo presente en la esfera política a nivel nacional durante los seis años del gobierno calderonista a pesar del cerco televisivo (e informativo) que se estableció alrededor suyo. Nunca abandonó el trabajo a ras de tierra consistente en visitar comunidades y municipios. Recorrió el país, reorganizó fuerzas, impulsó la creación y fortalecimiento del Movimiento de Regeneración Nacional (Morena) y estableció un “gobierno sombra” que cuestionó las decisiones tomadas por el presidente panista (Eisensadt, 2007: 39). Paulatinamente esas acciones le permitieron recuperar a ciertas capas de la sociedad que había perdido después del prolongado e incómodo plantón en Reforma. Otro factor determinante para la construcción de una candidatura de izquierda competitiva fue el cambio de estrategia por parte de AMLO en cuanto a presentarse como un personaje menos rijoso y a la exitosa propaganda electoral diseñada y puesta en marcha durante la contienda.

No obstante, reposicionar la candidatura obradorista no fue sencillo. Las circunstancias de 2012 eran distintas a las de los comicios de 2006. Para empezar, en el 2012 AMLO no era el candidato a vencer, algunas encuestas lo ubicaban en un lejano tercer lugar, a varios puntos de distancia en las preferencias electorales del candidato del Revolucionario Institucional, Enrique Peña Nieto (EPN), quien hacia fines de 2011 encabezaba claramente la intención del voto ciudadano. Analistas y comentaristas de la realidad nacional, basados la mayoría de ellos en los estudios demoscópicos, ubicaban al PAN y al PRI como los protagonistas de la disputa presidencial que tendría lugar en 2012. Las perspectivas no

eran nada alentadoras para López Obrador. Tenía que luchar contra los números negativos que le acompañaban en distintas encuestas frente al PRI y el PAN.

El PRD en el 2012, en un esfuerzo por reunificar a las izquierdas, constituyó la Coalición Movimiento Progresista, formada por el PRD, el Partido del Trabajo (PT), Movimiento Ciudadano (MC) (antes Convergencia), incorporándose más tarde Morena. López Obrador, candidato de esta coalición, adoptó el lema de campaña: “El cambio verdadero está en tus manos”, haciendo referencia a la propuesta de cambio que el PAN había prometido (e incumplido) en el 2000.

López Obrador continuó con el planteamiento (utilizado en 2006) referente a que en la contienda política había únicamente dos proyectos: el suyo, que era el “camino verdadero que representaba honestidad, justicia y amor, mucho amor”, y el del PRIAN que consistía en “pobreza, inseguridad, desempleo, violencia, corrupción y sufrimiento”. Así, AMLO continuaba con ese maniqueísmo que tanto irrita y molesta a sus adversarios.

En esta, su segunda candidatura presidencial, AMLO utilizó continuas referencias a la *República amorosa* que, según decía, era una propuesta inspirada en la Cartilla Moral del escritor mexicano, Alfonso Reyes. La *República amorosa*, a la que López Obrador hacía referencia, tenía que ver, de acuerdo con el candidato perredista, con recobrar valores perdidos y rescatar a la nación de un proceso de “decadencia” y “degradación progresiva” en que había caído. Para difundir esta propuesta, AMLO se convirtió, por el rechazo que tenía en los medios de comunicación convencionales, en un asiduo usuario de las redes sociales; exhortando a los internautas a sumarse y difundir estos planteamientos.

Resumidamente, a partir de enero de 2012, el discurso de López Obrador se volvió menos agresivo, más moderado, buscando no ofender a sus oponentes. Como parte de la nueva estrategia publicitaria evitó utilizar el término de la “mafia en el poder”, con el que se había referido durante mucho tiempo al círculo gobernante. Este término lo sustituyó simplemente por la “oligarquía” o “los de arriba” (Crespo, 2013: 116).

Por su parte el PRI, que tenía como su candidato a Enrique Peña Nieto, conformaba la Coalición Compromiso por México junto con el Partido Verde Ecologista de México (PVEM). Peña Nieto apoyado por un equipo de publicistas que trabajaban con Televisa, utilizaba el *slogan*: “Te lo firmo y te lo cumplo” y luego, su marca: “Tú me conoces, sabes que sé comprometerme, pero lo más importante, sé cumplir” (Tello, 2012). Esa persistencia en cuanto a la utilización del mensaje, del *slogan* —que acompañó a Peña Nieto durante años— penetró y lo posicionó de manera muy importante en el gusto del electorado. Con los años se logró construir una fuerte asociación entre el candidato y el mensaje. Se construyó, en efecto, una marca que se instaló exitosamente en la mente de electores potenciales. La marca priista disfrutó así de un gran reconocimiento y posicionamiento en el mercado electoral.

Ahora bien, durante el proceso electoral era evidente que los medios electrónicos protegían al candidato del PRI, en particular Televisa, que años atrás había pactado con los priistas, convirtiéndose en su plataforma publicitaria. Un ejemplo de esto es que Peña Nieto grabó 32 promocionales en cada uno de los estados del país, que fueron producidos con tecnología de cine por uno de los más afamados productores de la televisora, Pedro Torres, lo que representaba costos altísimos. Sólo esos gastos rebasaban, por mucho, los topes de campaña establecidos por la ley (336 millones de pesos). La cruzada presidencial priista evidenciaba derroche. En cuanto al papel de Televisa respecto a la candidatura del PRI, es pertinente referir que,

Las críticas a Televisa se endurecieron a partir de la publicación de los reportajes de *The Guardian*, un prestigioso diario inglés, en los que se reveló, manteniendo la secrecía de las fuentes, que existió en Televisa un plan de largo alcance con los objetivos de posicionar a Peña Nieto favorablemente ante la opinión pública y debilitar a López Obrador en los años que pasaron entre la anterior elección (la de 2006) y ésta (la de 2012) (Rodríguez Araujo, 2012: 143).⁹

9 El reportaje original, elaborado por la periodista británica Jo Tuckman, se publicó en el periódico inglés *The Guardian* el 7 de junio de 2012 y fue titulado: “Computer files link tv dirty tricks to favourite for Mexico presidency”. El revelador texto puede ser consultado en la siguiente dirección electrónica: <https://www.theguardian.com/world/2012/jun/07/mexico-presidency-tv-dirty-tricks?intcmp=239>. (Consulta: 11 de mayo de 2017).

En consonancia con lo anterior, debemos añadir que, incluso antes de iniciar las campañas presidenciales, Televisa (y en menor medida Televisión Azteca) contribuyeron a la construcción de la imagen del mexiquense “mediante paquetes integrados de propaganda presentados como noticias en los principales noticieros del duopolio televisivo” (Aziz, 2013: 48); lo que se conoce como *infomerciales*. Esta estrategia propagandista posicionó a Peña Nieto entre la ciudadanía y generó que la competencia electoral comenzara “con una preferencia establecida” (Aziz, 2013: 48).

Por otro lado, se podía apreciar con mucha claridad que no se permitía, por parte de los responsables de la campaña de Peña Nieto, que éste asistiera a debates convocados por algunos medios o mantuviera contacto con la gente. El ambiente del abanderado tricolor estaba fuertemente controlado, no se dejaba nada a la improvisación del candidato, se buscaba reducir al máximo posible el margen de error en los distintos actos en los que participaba. La estrategia del Revolucionario Institucional consistía, en efecto, en evitar exponer a su candidato a un debate auténtico, a entrevistas abiertas, a contestar preguntas en foros a los que asistía. Cuando no se controló el ambiente que rodeaba a Peña Nieto se presentaron los incidentes de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara y su presencia en la Universidad Iberoamericana, dos momentos que dejaron en claro la impericia del mexiquense para la improvisación.

Durante el proceso electoral, por parte del PRI, no sólo hubo mercadotecnia y pirotecnia en los medios de comunicación, o complicidades con Televisa y mensajes publicitarios que buscaban, a costa de retorcer la realidad, posicionar a su candidato. No, en el proceso también aparecieron las viejas (y nuevas) mañas del partido que había gobernado el país durante décadas. En las elecciones de 2012, el PRI puso en práctica distintos operativos ilegales como la operación conocida como *Monexgate* muy parecida a las que se hacen para el lavado de dinero con la que compró votos en favor del candidato del PRI. Estas prácticas fueron denunciadas y se presentaron pruebas debidamente sustentadas por parte del PRD, pero las autoridades electorales no hicieron nada al respecto (Cisneros y Cisneros, 2014: 51).

Ante una nueva realidad: el uso cada vez más frecuente del ciberespacio en las campañas electorales, surgieron nuevas tácticas del PRI para torpedear y desacreditar a sus oponentes. En 2016 se supo que López Obrador sufrió el *hackeo* de sus sitios *web* durante la campaña de 2012. Por otro lado, un equipo de *hackers* creaba en las redes sociales tendencias positivas en favor de las propuestas formuladas por Peña Nieto, a través de una estructura de respaldo virtual alrededor de la campaña del priista que, es cierto, tampoco resulta fácil conocer sus alcances, pero que fueron, al fin y al cabo, un componente seguramente significativo de esta contienda electoral.

A pesar de estas irregularidades Peña Nieto fue declarado triunfador por el Tribunal Electoral en las elecciones con el 38.21% de los votos, frente al 31.59% de López Obrador. Hay que señalar que el principal problema no se presentó el día de los comicios, aunque sí hubo reportes de algunas irregularidades y desmanes en varias casillas. El verdadero inconveniente se dio con los operativos de compra y coacción del voto que el PRI había puesto en marcha a lo largo de su campaña electoral en prácticamente todos los municipios del país y, frente a ese fenómeno, la pasividad de las autoridades electorales. Otro aspecto fue el gasto excesivo en campañas, donde claramente se rebasaron los topes impuestos por la legislación. Esta cruzada comicial fue también inequitativa por las complicidades entre Televisa y el PRI. Nuevamente, los medios de comunicación se convirtieron en un factor desestabilizador en la lucha por el poder. Quizá como nunca esa estrategia mediática planeada e instrumentada por Televisa y el PRI, para favorecer a Peña Nieto de cara a las elecciones presidenciales, terminó influyendo decisivamente en el resultado de la contienda. La coalición de izquierda también impugnó el uso de las encuestas como mecanismo para impactar la opinión pública y generar la percepción de que el triunfo priista era inevitable.

Cabe mencionar que, a diferencia de lo ocurrido en 2006 después de las elecciones, cuando la prioridad fue la defensa del voto mediante una estrategia de lanzarse a las calles y el bloqueo de vialidades, AMLO decidió en 2012 impugnar la elección por la vía institucional, apegándose a los recursos que la ley le otorgaba y recurriendo a los instrumentos constitucionales para inconformarse. En este, su segundo conflicto pos-electoral a nivel presidencial, López Obrador renunció, parcialmente,

a la política de las plazas públicas y las grandes concentraciones quizá porque reconoció que la posición extrema adoptada en 2006 no le había dado buenos dividendos frente al electorado. En 2012 dirigió su atención, más bien, a construir el nuevo partido: Morena. Con esta determinación la movilización social que se dio con posterioridad a los comicios se extinguió rápidamente y las fuerzas sociales y políticas reunidas alrededor del líder tabasqueño se concentraron en edificar la nueva institución partidista.

Como resultado de una evidente debilidad programática del PRD, debido a una actitud más claudicante que propositiva, de cara a una vida interna que se distinguía por una lucha continua e infructuosa entre las corrientes, y también, frente a la carencia de liderazgos del partido y su nula capacidad de formar nuevos cuadros, el apoyo popular hacia el sol azteca comenzó a disminuir después de 2012. Quizá por estas razones la elección de aquel año haya sido la última ocasión en que el PRD contendiera en unos comicios presidenciales con posibilidades de éxito. Es probable también que, ante el nuevo escenario político electoral del país y para evitar su desaparición, el PRD haya optado en 2018 por contender para la presidencia de México coaligado con el PAN y MC, como mera comparsa, olvidando que alguna vez fue un importante e influyente partido de izquierda.

VI. EL DECLIVE DEL PRD: 2018

Desde octubre de 2012, en plena transmisión de poderes entre el gobierno saliente de Felipe Calderón y el gobierno entrante de Enrique Peña Nieto se habían iniciado conversaciones para impulsar un pacto que le permitiría al priista sacar adelante una serie de reformas.

En esos momentos, y como resultado de la ruptura de AMLO con el PRD a fines de 2012,¹⁰ *Los Chuchos* se quedaron con el control total del par-

10 En una asamblea realizada en el Zócalo capitalino el 9 de septiembre de 2012, reunido con miles de sus seguidores, AMLO planteó el camino a seguir para Morena. Anunció, también, que dejaba a los partidos de izquierda integrantes del Movimiento Progresista: PRD, PT y MC; y que se buscaría crear un nuevo partido. Decía que en esa nueva etapa de su vida dedicaría “su imaginación y trabajo a transformar México, haciéndolo desde el espacio que representaba Morena”. De ese modo, se consumaba la ruptura entre López Obrador y el PRD.

tido, asumiendo una posición de negociación y acercamiento con el nuevo gobierno. Al día siguiente de la toma de posesión de Peña Nieto, el presidente nacional del PRD, Jesús Zambrano, firmaría el Pacto Por México con el gobierno para impulsar un conjunto de reformas, generando un profundo malestar entre militantes y seguidores perredistas y entre algunas de las figuras más prominentes del partido. Al final, el PRD quedó fuertemente desdibujado como oposición por la firma de este pacto. Este hecho, generó una crisis interna que afectó notoriamente al PRD (Rodríguez, 2016: 340). Un partido que al acompañar al gobierno priista también cargó con los altos costos de la decepción ciudadana frente a dichas reformas. Además, muchos importantes liderazgos y contingentes perredistas que estaban en contra de firmar este pacto a la postre decidieron abandonar las filas de esta agrupación política y se incorporaron a Morena.

Inclusive el fundador histórico del PRD, Cuauhtémoc Cárdenas, resolvió el 25 de noviembre de 2014 renunciar a su militancia de 25 años en ese partido por “profundas diferencias” con la dirigencia nacional partidista y, por considerar, que el PRD había perdido credibilidad y autoridad moral ante la sociedad, lo cual obedecía, entre otras cosas, a la pésima gestión realizada por el partido frente a la crisis de los 43 estudiantes desaparecidos de la normal de Ayotzinapa.

Por otra parte, en las elecciones intermedias del sexenio peñista, en 2015, el PRD alcanzó pésimos resultados. En el Distrito Federal, su bastión político, tuvo su peor derrota en la historia. En esos comicios el sol azteca únicamente alcanzó el triunfo en 6 de las 16 delegaciones de la entidad, mientras que Morena, que había obtenido su registro el 9 de julio de 2014, obtuvo el triunfo en cinco delegaciones. Esto mostraba el acelerado crecimiento y la rápida aceptación de Morena entre el electorado. En la ALDF Morena ganaba la mayoría, alcanzando 22 legisladores por 19 del PRD. Una gran derrota para el PRD que reconfiguraba el mapa político electoral en la capital del país, inaugurando una nueva época político-comicial y augurando lo que podía ocurrir en 2018.

En los comicios federales de 2018 se dio lo inaudito: el PRD y el PAN se aliaron para competir por la presidencia de México, instituyendo la coalición Por México al Frente. Esta alianza trajo una serie de graves con-

secuencias sobre el PRD. Con toda claridad el partido que encabezaba la coalición era Acción Nacional, un partido que a pesar de sus fracturas, divisiones e inestabilidad interna tenía más fuerza política e institucional y representatividad que el sol azteca, que la había venido perdiendo paulatinamente durante los últimos años. El PRD vio en la unión con el histórico partido de derecha la única posibilidad de mantenerse vigente en el sistema de partidos y, aun así, estuvo a nada de perder su registro.

En esta atípica alianza el PAN sería el encargado de designar al candidato presidencial de la coalición, que fue Ricardo Anaya, mientras que el PRD lo sería en cuanto a la designación de la candidatura para la jefatura de gobierno de la Ciudad de México. El PRD, durante las negociaciones con el PAN, decía priorizar las candidaturas en cuatro entidades de la República (Morelos, Tabasco, Chiapas y la Ciudad de México), y no la candidatura presidencial; pero lo cierto es que el sol azteca tuvo que aceptar estas condiciones poco favorables impuestas por el panismo debido a su gran debilidad estructural y por carecer de importantes liderazgos, además de estar experimentando un evidente éxodo de muchos de sus militantes hacia Morena y encontrarse en plena caída en cuanto al número de votos se refería, como había quedado de manifiesto en las elecciones intermedias de 2015.

Por más que los partidos integrantes de la coalición Por México al Frente argumentaban que no pretendían mimetizarse ni perder su historia, principios, identidad y autonomía, lo cierto es que las diferencias ideológicas entre panistas y perredistas se borraron ficticiamente para darle paso a la política del oportunismo, a una política pragmática en exceso que tenía como único fin obtener cargos de elección popular, salvar el registro y seguir manteniendo prerrogativas y privilegios, protegiendo así sus intereses y canonjías de grupo. Esto mismo era lo que percibía un sector importante de la población. En una encuesta de Parametría publicada a finales de octubre de 2017 se registraba que 4 de cada 10 mexicanos conocían a la coalición opositora. De las personas encuestadas, sólo un 13 por ciento dijo tener una buena opinión del frente opositor, mientras que un importante 41 por ciento tenía una mala o muy mala opinión de la coalición y consideraba que había sido formada únicamente para ganar elecciones, no para impulsar una determinada agenda

programática que ayudara a la gente. Además, la candidatura de Ricardo Anaya no tuvo la fuerza para competir con AMLO.

El PRD se perdió en el frente opositor, quedó totalmente desdibujado. Era curioso observar cómo el grueso de la ciudadanía cuando se refería a esta alianza prácticamente sólo pensaba en el PAN o en su candidato Anaya. Este partido era la principal referencia, y casi nadie tomaba en cuenta la presencia del PRD en esta coalición. El PRD fue una simple comparsa del partido de la derecha, de su otrora antagonista. El 2018 puede que haya sido para el PRD la antesala del fin, su ocaso. Este partido que, durante muchos años representó la opción de izquierda más fuerte en el tablero político-electoral puede haber competido, por última ocasión, en unas elecciones presidenciales.

Así llegó la jornada electoral del 1 de julio, en donde la gente salió a votar mayoritariamente por AMLO. Después de las elecciones, sobre todo por la gran ventaja en favor del tabasqueño (30 puntos de ventaja sobre el segundo lugar de la contienda),¹¹ no se presentaron grandes impugnaciones ni inconformidades por parte de los distintos contendientes. Ricardo Anaya, el candidato del PRI José Antonio Meade y el candidato independiente Jaime Rodríguez Calderón *El Bronco*, aceptaron la derrota y el Tribunal Electoral entregó la constancia de mayoría a López Obrador el 8 de agosto de 2018, con lo que se convertía así oficialmente en presidente electo.

El profundo descontento ciudadano que marcó el proceso electoral 2017-2018 representó, muy posiblemente, el factor decisivo en la derrota del PRI y, por tanto, en la victoria de AMLO, el candidato izquierdista que supo presentarse como una alternativa ante el gobierno corrupto e ineficiente del PRI. En relación con esto, bien puede decirse que esta competencia comicial fue, como no se había visto antes, una lucha entre distintas emociones sociales. Por una parte, el odio y el miedo que intentaron nuevamente generar panistas, perredistas y priistas en contra

11 En las elecciones presidenciales de 2018 Andrés Manuel López Obrador obtuvo el 53.19% de los votos emitidos, por 22.27% de Ricardo Anaya, 16.40% del priista José Antonio Meade, y el 5.23% del candidato independiente Jaime Rodríguez Calderón *El Bronco*.

de López Obrador y, por la otra, el malestar y la rabia que estaban hondamente presentes entre los simpatizantes lopezobradoristas por los malos gobiernos panistas y priistas. Como todos sabemos, el malestar y el hartazgo, acompañados de otra profunda emoción: la esperanza; terminaron superando, por mucho, al miedo y al odio, dándole una amplia victoria a López Obrador.

Por otra parte, en el 2018 el discurso de AMLO fue mucho más moderado de lo que lo había sido en 2012, año en que incluso el líder izquierdista había recurrido a la idea de la *República amorosa*. Si bien López Obrador continuó señalando que en México había una oligarquía gobernante que tomaba las decisiones en beneficio de unos cuantos privilegiados y mantenía en la exclusión a las grandes mayorías, no cayó en grandes confrontaciones con sus adversarios políticos. En 2018, ya en las filas de Morena, la agrupación política que él había fundado en 2014, el tabasqueño se mostraba más conciliador.

Finalmente, hay que comentar que el triunfo de AMLO y Morena en 2018 representó romper con ese *tripartidismo* experimentado en el país desde 1988-1989, cuando había nacido el PRD, y el PAN se había convertido en un fuerte contendiente, perdiendo el viejo partido de Estado su tradicional y asfixiante hegemonía.

VII. CONSIDERACIONES FINALES

El PRD y Cárdenas fueron actores muy relevantes en el ciclo político transformador que México vivió a partir de 1988. No obstante, no supieron capitalizar, ni en 1994 ni en el 2000, sus aportaciones al proceso de democratización en beneficio de su propuesta política. En el 2006, el PRD se enfrentó a un fraude electoral y en el 2012 a las connivencias entre Televisa y el PRI. En 2018 el partido simplemente se desdibujó y perdió identidad.

El PRD con el correr del tiempo se convirtió en la tercera fuerza política a nivel nacional y, en algunas ocasiones, incluso, llegó a posicionarse como la segunda fuerza entre las simpatías de la ciudadanía, como sucedió en 1997, 2006 y 2012. No obstante, con el tiempo eso cambió.

El PRD se volvió un partido electoralista, se alejó de su agenda temática y programática original y de su identidad ideológica primigenia. Años después —ya en tiempos de Peña Nieto y del controvertido Pacto por México— el PRD se convirtió además en algo muy parecido a lo que Katz y Mair (1995) denominaron *cartel party* (partido cartel). Según nos dice Wolinetz (2007: 41), este tipo de partido se define por su relación con el Estado, por su incapacidad de mantener fuertes vínculos de lealtad con su militancia, por su acentuada dependencia frente a los subsidios estatales para sobrevivir; y, esencialmente, por conformarse con tener acceso al Estado y compartir el poder con otros partidos. En eso terminó el PRD, siendo un partido electoralista y desvinculándose de las luchas y movimientos sociales. Como partido de izquierda dejó de alimentarse de esos actores y éstos se alejaron paulatinamente y renunciaron a nutrirlo, a retroalimentarlo.

Este pragmatismo político del PRD se hizo patente con la integración en 2018 de la coalición Por México al Frente, junto con el PAN y MC. Una coalición desdibujada, sin identidad ideológica y sin una plataforma política clara. Una coalición que se fundó para darle cabida a la política del oportunismo, que tuvo como propósito esencial obtener cargos de elección popular, salvar el registro y mantener prerrogativas y privilegios.

Además, no podemos perder de vista la ruptura del partido con AMLO y con su fundador Cuauhtémoc Cárdenas que lo dejó huérfano de liderazgos y sin dos de sus militantes más notables, ni más ni menos que sus dos históricos candidatos presidenciales que, de alguna u otra forma, le habían dado identidad y habían generado, al mismo tiempo, fuertes lazos con amplios sectores populares. El principal error del PRD fue que al romper con AMLO y Cárdenas no había sustitutos, es decir, no había quienes recibieran la estafeta, porque el partido nunca se preocupó por crear nuevos cuadros y de ahí nuevos líderes.

Ahora bien, para cerrar toca preguntarse si el PRD será capaz de reconstituirse y de resurgir después de la fuerte crisis que vive como resultado de la terrible derrota de 2018. Claramente el PRD no pudo reponerse de la salida de sus filas de su principal referente en los años pasados: Andrés Manuel López Obrador. No olvidemos que este personaje fue el que en las contiendas presidenciales de 2006 y 2012 llevó al partido a tener

más de treinta por ciento del apoyo popular, siendo capaz de mandar al tercer lugar en 2006 al PRI y en el 2012 al PAN. Para salir adelante de este difícil trance, el sol azteca tendrá que buscar e impulsar nuevos liderazgos. Sin duda, otro factor a considerar en todo esto deberá ser la capacidad que tengan sus tribus de dejar de enfrentarse inútilmente, vaya, de su habilidad para dejar atrás los conflictos internos por el control del partido.

Los perredistas deben mostrar mayor altura de miras si quieren ser nuevamente animadores importantes de la vida política nacional. Pero se ve muy complicado, parece demasiado tarde. Si somos realistas esta reconversión no luce posible ni tampoco viable. El partido que alguna vez ocupó el lugar más relevante de la izquierda partidista en México parece haber abandonado por siempre el sendero democrático, y ahora está ocupado en transitar, tambaleante, por el camino de la conveniencia política, del oportunismo que lleva únicamente a la sobrevivencia. A pesar de estos esfuerzos desesperados, es posible que finalmente el PRD no pueda sobrevivir y sea, más bien, un enfermo terminal, un partido moribundo que muy pronto acabará en el sepulcro.

FUENTES CONSULTADAS

Aziz Nassif, Alberto. 2013. “Paradojas electorales de 2012”, En *Desacatos*, 42, 41-62.

Aziz Nassif, Alberto. 2009. “El desencanto de una democracia incipiente. México después de la transición”. En Rodríguez Araujo, Octavio (coord.). *México. ¿Un nuevo régimen político?* México: Siglo XXI Editores.

Aziz Nassif, Alberto. 2007. “El retorno del conflicto. Elecciones y polarización política en México”. En *Desacatos*, 24, 13-54.

Bartra, Armando. 2011. *La utopía posible. México en vilo: de la crisis del autoritarismo a la crisis de la democracia (2000-2008)*. México: La Jornada Ediciones, Editorial Ítaca.

Becerra Chávez, Pablo Javier y Edith Belém Rivera. 1999. "El PRD en 1996". En Manuel Larrosa y Ricardo Espinoza (coords.). *Elecciones y partidos políticos en México*. México: UAM-Unidad Iztapalapa.

Becerra, Ricardo, Pedro Salazar y José Woldenberg. 1997. *La reforma electoral de 1996. Una descripción general*. México: Fondo de Cultura Económica.

Beltrán, Ulises. 2009. "Ideología y polarización en la elección de 2006". En *Política y Gobierno*, vol. temático, 2, "Elecciones en México", 83-106.

Borjas Benavente, Adriana. 2003. *Partido de la Revolución Democrática. Estructura, organización interna y desempeño público. 1989-2003*. Tomo II. México: Gernika.

Bruhn, Kathleen. 1997. *Taking on Goliath: The Emergence of a New Cardenista Party and the Struggle for Democracy in México*. Pennsylvania: Pennsylvania State University Press.

Bruhn, Kathleen y Kenneth Greene. 2007. "Elite Polarization Meets Mass Moderation in Mexico's 2006 Elections". En *PS: Political Science and Politics*, 40(1), 33-38.

Butler, Edgar y Jorge Bustamante (eds.). (1991). *Sucesión presidencial. The 1988 Mexican Presidential Election*. Boulder: Westview Press.

Cisneros Espinosa, José y José Antonio Cisneros Tirado. 2014. "México 2012: Las elecciones como acción dramática". En José Antonio Meyer (coord.). *Comunicación política y elecciones federales en México*. Barcelona: Editorial Comunicación Social.

Combes, Hélène. 2013. "El PRD desde las interacciones con su entorno militante: el papel de los dirigentes multi-posicionados (1989-2000)". En Cadena-Roa, Jorge y Miguel Armando López Leyva (comps.). *El PRD: orígenes, itinerario, retos*. México: Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades-UNAM.

Crespo, José Antonio. 2013. "2012: el voto de la izquierda". En *Desacatos*, 42, 103-120.

Díaz-Polanco, Héctor. 2012. *La cocina del diablo. El fraude de 2006 y los intelectuales*. México: Editorial Planeta.

Duverger, Maurice. 1996. *Los partidos políticos*. México: Fondo de Cultura Económica.

Eisenstadt, Todd A. 2007. "The Origins and Rationality of the 'Legal vs. Legitimate' Dichotomy Invoked in Mexico's 2006 Post-Electoral Conflict". En *PS: Political Science and Politics*, 40(1), 39-43.

Haber, Paul L. 2013. "Las relaciones entre movimientos sociales y partidos políticos en México". En Cadena-Roa, Jorge y Miguel Armando López Leyva. (comps.). *El PRD: orígenes, itinerario, retos*. México: Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades-UNAM.

Hilgers, Tina (2005). "The Nature of Clientelism in Mexico City", ponencia preparada para el *Canadian Political Science Association Annual Conference*, junio 2-4, 2005, London, Ontario.

Katz, Richard S. y Peter Mair. 1995. "Changing Models of Party Organization and Party Democracy: The Emergence of the Cartel Party". En *Party Politics*, 1(5).

Klesner, Joseph L. 2007. "The 2006 Mexican Elections: A Manifestation of a Divided Society". En *PS: Political Science and Politics*, 40(1), 21-32.

Lajous, Alejandra. 2006. *AMLO: entre la atracción y el temor. Una crónica del 2003 al 2005*. México: Océano.

Lawson, Chappell. 2007. "How Did We Get Here? Mexican Democracy after the 2006 Elections". En *PS: Political Science and Politics*, 40(1), 45-48.

Loyola Díaz, Rafael. 2007. "El rompimiento del encanto electoral". En *Desacatos*, 24, 55-72.

Marván Laborde, María. 2017. "¿Quién apagará la luz?". En *Excelsior*, 30 de marzo de 2017.

Merino, Mauricio. 2003. "México: la transición votada". En *América Latina Hoy*, 33, 63-72.

Molinar Horcasitas, Juan y Jeffrey A. Weldon. 1994. "Electoral determinants and consequences of national solidarity". En Wayne A. Cornelius, Anne L. Craig y Jonathan Fox (eds.). *Transforming State-Society Relations*

in Mexico: The National Solidarity Strategy, 123-141. La Jolla: Centro de Estudios EUA-México, University of California.

Ortega Ortiz, Reynaldo Yunuen. 2010. “El Partido de la Revolución Democrática y los movimientos sociales”. En Ilán Bizberg y Francisco Zapata (coords.). *Los grandes problemas de México*. Volumen VI. *Movimientos sociales*. México: El Colegio de México.

Palma, Esperanza. 2004. *Las bases políticas de la alternancia en México: un estudio del PAN y el PRD durante la democratización*. México: UAM-Unidad Azcapotzalco.

Palma, Esperanza y Rita Balderas. 2007. “Una evaluación del PRD después de la alternancia de 2000”. En Gutiérrez, Roberto, Alberto Escamilla y Luis Reyes (coords.). *México 2006: Implicaciones y efectos de la disputa por el poder político*. México: UAM-Unidad Azcapotzalco.

Panbianco, Angelo. 2000. *Modelos de Partido*. Madrid: Alianza Universidad.

Paoli Bolio, Francisco José. 1996. *Memorial del futuro*. México: Océano.

Peterson, Jeff D. 1999. “La lucha por el ciudadano: movimientos sociales, Pronasol y la teoría de nuevos movimientos sociales en Guadalajara”. En *Espiral. Estudios sobre Estado y sociedad*, V(15), 109-131.

Pipitone, Ugo. 2017. *Un eterno comienzo. La trampa circular del desarrollo mexicano*. México: Taurus/Centro de Investigación y Docencia Económicas.

Pivron, Anne. 1999. “Anatomía de un partido de oposición mexicano: la estructura del juego político en el Partido de la Revolución Democrática (1989-1997)”. En *Estudios Sociológicos*, XVII(49), 239-272.

Reveles Vázquez, Francisco. 2004. “Fundación e institucionalización del PRD: liderazgos, fracciones y confrontaciones”. En Reveles Vázquez, Francisco (coord.). *Partido de la Revolución Democrática. Los problemas de la institucionalización*. México: UNAM, Gernika.

Rodríguez Araujo, Octavio. 2012. *Poder y elecciones en México*. México: Orfila.

Rodríguez Domínguez, Emanuel. 2016. “Fragmentación partidaria y redes político-territoriales en la delegación Cuauhtémoc”. En Héctor Tejera Gaona, Emanuel Rodríguez Domínguez y Pablo Castro Domingo

(coords.). *El momento que vivimos en la democracia mexicana. Procesos locales y nacionales a partir de las elecciones 2015*. México: UAM-Unidad Iztapalapa/Juan Pablos Editor.

Sartori, Giovanni. 2000. *Partidos y sistemas de partidos*. Madrid: Alianza Editorial.

Schedler, Andreas. 2007. "The Mexican Standoff. The Mobilization of Distrust". En *Journal of Democracy*, 18(1), 88-102.

Tello Díaz, Carlos. 2012. "Enrique Peña Nieto. La senda del *rockstar*". En *Nexos*, 1 de junio de 2012. Recuperado de <http://www.nexos.com.mx/?p=14839>

Torres-Ruiz, René. 2019. *La senda democrática en México. Origen, desarrollo y declive del PRD, 1988-2018*. México: Gernika.

Torres-Ruiz, René. 2004. "El Partido de la Revolución Democrática a través de las elecciones presidenciales". En Reveles Vázquez, Francisco (coord.). *Partido de la Revolución Democrática. Los problemas de la institucionalización*. México: UNAM, Gernika.

Wolinetz, Steven B. (2007). "Más allá del partido catch-all: enfoques para el estudio de los partidos en las democracias contemporáneas". En José Ramón Montero, Gunther Richard y Juan J. Linz (eds.). *Partidos políticos: viejos conceptos y nuevos retos*. Madrid: Editorial Trotta.